

SECCION BIBLIOGRAFICA

Rahner, Karl. *La Iglesia y los Sacramentos*. Ed. Herder. Barcelona. 1964. 127 pag. (Traducción del original alemán *Kirche und Sakramente. Quaestiones Disp. Herder. 1960*).

El objetivo principal de la obra, según el prólogo, es plantear los problemas concernientes a la institución de los sacramentos por Jesucristo. Pero a medida que se avanza en la lectura, se observa que Rahner se propone un objetivo más profundo, que abarca plenamente el primero: lograr una mayor comprensión de los sacramentos a partir de la realidad de la Iglesia, ya que sólo conociendo su estructura sacramental, se podrá entender la naturaleza significativa de los sacramentos, evitando así la tendencia que existe de cosificarlos.

Con precisión y claridad expone la íntima relación que existe entre la Iglesia y los sacramentos, basándose en dos puntos de vista:

1.— La Iglesia como protosacramento, de modo que la reflexión se mueva hacia los sacramentos partiendo de la Iglesia y de la comprensión de su esencia.

2.— Los sacramentos como autorrealizaciones de la Iglesia, de manera que en cada sacramento se reconozca su aspecto eclesiológico y así, partiendo de los sacramentos, se alcance a comprender la esencia de la Iglesia.

En el primer punto hace ver, que la Iglesia es la continuación, la permanencia actual de la presencia gratuita de la voluntad salvífica de Dios, inserta definitivamente con Cristo en el mundo, y por lo tanto, protosacramento de la presencia actuante de Cristo en el mundo. Así como en Cristo la humanidad y la divinidad permanecen inconfusas, aunque inseparadas, de la misma manera en la Iglesia la cosa, su estructura social; y el signo, el Espíritu Santo, permanecen inseparables, aunque no se identifiquen.

La Iglesia como sacramento del encuentro de Dios con los hombres en Cristo, es el punto de origen de los sa-

cramentos, en el sentido propio de la palabra. Cristo no puede abandonar la Iglesia, ya que en ella permanece siempre en la carne de la humanidad una.

Respecto al segundo punto de vista, afirma que todo hecho de gracia tiene una estructura cuasi-sacramental, ya que tiene participación en el Cristo humano-divino, pero sólo cuando la Iglesia entra en contacto con el individuo en la actualización de su esencia sacramental, entonces se da el sacramento en sentido propio, el cual es la realización fundamental de la Iglesia misma.

Rahner al profundizar en el fundamento cristológico de la Iglesia como protosacramento, aclara la concepción del "opus operatum". Esta expresión quiere decir, en último término, que Dios, de una vez para siempre, ligó su gracia a la posición de este signo. Si se tiene en cuenta esta conexión, establecida por Dios mismo, entre el signo de la gracia y la gracia significada, se desvanece automáticamente el reparo de que se pueda comprender en sentido mágico el "opus operatum" de los sacramentos. Aún más, no se excluye la necesidad de cierta receptividad interior y de una apropiación, mediante la fe, de la gracia ofrecida.

Dentro de la dogmática, el "opus operatum" es sencillamente la expresión más inequívoca de que Dios da su gracia por propia iniciativa y que la respuesta del hombre, es realmente mera respuesta, aunque no se prescinda de su fé; por el contrario, esta gracia es gracia de la fe y del amor, del poder y del realizar, una gracia que logra su realización en la fe amante del hombre.

En la última parte de la obra, Rahner hace un breve análisis de cada uno de los sacramentos, poniendo como base la Eucaristía, considerada como el sacramento de la presencia histórica y escatológica de Cristo y explica los sacramentos restantes, como desarrollos del sacramento primordial de la Iglesia que se extiende a la situación vital de los individuos.

Vemos cómo el autor logra su objetivo: demostrar que si la Iglesia es el protosacramento, la existencia de verdaderos sacramentos, en el sentido más riguroso y tradicional, no necesita fundarse en cada paso, en una determinada palabra, en la que Jesús histórico hable explícitamente de un sacramento determinado.

Todo acto fundamental de la Iglesia, que pertenezca realmente a la esencia de la misma en cuanto presencia histórica, escatológica de la salvación, dirigido al individuo en situaciones decisivas, es un sacramento.

La lectura reflexiva de este libro evitará que se siga considerando los sacramentos como "medios de gracia" para la santificación personal y a la Iglesia como mera administradora de los mismos.

Lilia Sprockel

Schillebeeckx, Edward. Cristo sacramento del encuentro con Dios. Pamplona. Dinor. 1971. pp. 298.

Esta obra del teólogo dominico se remonta ya a una época lejana, anterior al Concilio Vaticano II. La edición original holandesa del año de 1957 llevaba el título "De Christusontmoeting als sacrament van de Godsontmoeting" y conoció rápidamente traducciones a otras lenguas, con numerosas ediciones. Si a pesar de la fecha lejana de su publicación nos preocupamos por recensionarla ahora, ello se debe a que la tesis sacramental presentada por la obra fue verdaderamente decisiva para toda la renovación teológico-litúrgica que hemos podido comprobar desde el Concilio y en especial al hecho de que ella no ha sido superada propiamente en la teología sacramental general. Con la obra del Padre Rahner, también recensionada en este número y que remonta también a una época ya lejana, constituye la obra del Padre dominico lo más fundamental para cualquier reflexión y comprensión actual de los sacramentos de la Iglesia.

La obra esconde una intuición orientadora de toda la reflexión particular:

una visión personalista de las relaciones entre Dios y el hombre; una concepción por lo tanto de la salvación que no consiste en el intercambio o comercio de las realidades externas a cada uno de los sujetos, protagonistas de este encuentro de la salvación, sino una concepción que hace posible el encuentro real de Dios y del hombre a través de la mediación de los signos. Desde la introducción a la obra, el Padre dominico habla explícitamente del encuentro personal de Dios, en el cual se va a basar toda la lectura del problema de la sacramentalidad. La obra se divide en siete capítulos que van llevando al lector desde lo más general, hasta los problemas más particulares sacramentales: en el primero se hace una presentación de la sacramentalidad original realizada por Jesucristo, en relación con Dios. Cristo es el sacramento original de Dios; en el segundo capítulo el autor se refiere a la sacramentalidad de la Iglesia en relación con Jesucristo: la Iglesia es el sacramento de Cristo celestial; en un tercer capítulo el autor muestra cómo cada uno de los sacramentos realizan a su manera la sacramentalidad de la Iglesia. Del capítulo cuarto en adelante, el autor se refiere a problemas más particulares que obtienen una solución muy convincente a la luz de la noción de sacramentalidad, dentro de una perspectiva personalista, que ha aparecido en los capítulos anteriores. El capítulo cuarto trata de la fecundidad de los sacramentos; el quinto del encuentro eclesial de Cristo como sacramento de Dios, o sea de los efectos de los sacramentos; el capítulo sexto se refiere a la vida cristiana y a la vida sacramental, relacionadas mutuamente; y el último capítulo trata brevemente algunos aspectos de la mística sacramental.

Como decíamos un poco más atrás, la tesis del autor no ha sido superada como teoría sacramental actual: la salvación es un problema de encuentro inter-

personal del hombre con Dios y no simplemente un intercambio material, en el cual Dios ofrece una cosa al hombre, que se llama la gracia, y el hombre ofrece a Dios otra cosa, que se llama los méritos. Los medios reales de comunión interpersonal con Dios son los sacramentos: ellos por lo tanto no son cosas que se reciben y que aumentan en nosotros otra cosa que se llama la gracia, sino que son signos que hacen posible el encuentro personal con Dios. En realidad, el sacramento verdadero que hace posible este encuentro es Jesucristo. Y la presencia real de Jesucristo actualmente entre nosotros es la Iglesia, la cual por lo tanto es llamada también sacramento original. Esta noción general de sacramentalidad permite comprender muy bien los sacramentos particulares, como realizaciones particulares del único sacramento que hace posible el encuentro con Dios.

Todo el que quiera comprender los sacramentos, en una forma no propiamente escolástica, más adecuada para la mentalidad personalista de nuestros días, encuentra un auxilio muy eficaz en esta obra. Las consecuencias pastorales de esta visión sacramental son de una importancia incalculable.

Alberto Ramírez.

Boff, Leonardo. Jesucristo el Libertador. Ensayo de Cristología crítica para nuestro tiempo. Buenos Aires. Latinoamérica Libros. 1974. 270 pp.

El autor, sacerdote Franciscano del Brasil hace un ensayo cristológico pensado y escrito dentro del horizonte de fe encarnada en América Latina, y aunque utiliza bibliografía holandesa y alemana, trata de situarla y proyectarla en un contexto latinoamericano.

La obra está dividida en 13 capítulos y se inicia con estudio sobre las diferentes respuestas que se han dado a la pregunta "¿Quién dicen los hombres que soy yo?", esbozando el problema del Jesús histórico y el Cristo de la fé; la reduc-

ción cristológica de los teólogos de la Muerte de Dios y otras posiciones actuales dando gran valor al movimiento de la juventud en busca de una nueva experiencia de Cristo que podría interpretarse como un signo de los tiempos.

El autor da mucha importancia al hombre-Jesús porque los discípulos, viendo, imitando e interpretando a Jesús llegaron a Dios, a Dios que por Jesús se revela al hombre. La vivencia del misterio de Dios evoca el misterio del hombre. Pero considera que al hablar de Jesu-Cristo se tiene que pensar simultáneamente en Dios y en el Hombre, ya que es tan profunda esta unidad que tiene que encontrarse la divinidad en su humanidad y la humanidad en su divinidad.

Es muy interesante la reflexión que hace sobre la forma como se ha expresado esta realidad de fe y cómo podría expresarse hoy teniendo en cuenta que las palabras naturaleza y persona utilizadas en Calcedonia con una intención soteriológica y no metafísica, tienen hoy un significado diferente: es necesario llegar al misterio a partir de Jesús como ser-para-nosotros. La Encarnación no significa solamente que Dios asume la realidad humana concreta de Jesús de Nazaret, sino también que este Jesús penetra la realidad divina de la segunda persona de la Trinidad.

El Jesús Histórico, el Hombre-Dios, fue en su vida liberador de las conciencias y de todas las alienaciones que marcan la existencia del hombre. Pero ese hombre por su Resurrección dió sentido a su vida y a su muerte y a nuestra vida y nuestra muerte.

Con su Resurrección fueron vencidos los aleatorios alienantes de la existencia humana: la muerte, el dolor, el odio y el pecado. La esperanza del hombre se realiza en Jesús Resucitado y se realiza en cada hombre, porque la Resurrección transfiguró la realidad humana. Por la Resurrección el Hombre-Jesús se libera de las coordenadas espacio-temporales y de las limitaciones carnales para surgir plenamente lo que se escondía en Jesús de Nazaret: la apertura para toda la realidad cósmica humana y divina.

A partir de la Resurrección el Cristianismo es una religión del presente que celebra la presencia viva y real de Jesús: porque con la Resurrección Cristo no dejó al mundo, está presente en la realidad y nuestra historia. "Independientemente de las ideologías o de las religiones o credos cristianos, siempre que un hombre busca el bien y la justicia, el amor humanitario, la solidaridad, la comunidad y el entendimiento entre los hombres, siempre que se empeña en superar su propio egoísmo, hace el mundo más humano, se abre a la Trascendencia en su vida; allí, podemos decir con toda certeza, está el Resucitado presente porque su causa está llevándose hacia adelante, porque por ella Él vivió, sufrió y fue procesado y ejecutado" (p.237).

El libro se termina con una reflexión sobre la esencia del Cristianismo: Cristiano no es sólo aquél que profesa con los labios a Cristo, sino aquél que se comporta como Cristo: amor, perdón, apertura total a Dios.

Lucía Victoria Hernández

Tresmontant Claude. El Problema de la Revelación. Versión de Francisco Herro Marín. Barcelona. Herder. 1973. pp. 345. (Le probleme de la Revelation).

El Profesor Claude Tresmontant es un prolífico escritor que sabe tratar con acierto temas muy variados. Su rica obra comprende publicaciones en el campo de la filosofía, la teología y las ciencias bíblicas, entre ellas: Introducción al Pensamiento de Teilhard de Chardin. Ensayo sobre el pensamiento hebreo. La doctrina moral de los profetas de Israel. Cómo se plantea hoy el problema de la existencia de Dios. Los problemas del ateísmo. La doctrina de Yeshua de Nazaret. El problema del alma, etc.

El problema de la revelación está íntimamente conectado con el problema de la existencia de Dios. Por eso no es casualidad o azar el que este libro de Tresmontant que comentamos, siga después de otro en el cual se plantea y se da una respuesta al problema de Dios. Ahora el autor se pregunta: ¿ese Dios puede hablarnos? Para muchos dominados por

una filosofía materialista, ésta es una pregunta ociosa. Pero en ese caso no sería honesto que por lo menos no se vieran las razones en las cuales se apoya el teísmo y su consecuencia, la revelación de ese Dios, para ver si son o no valederas.

El ateo tiene sus razones para no creer en Dios. El teísta, judío, musulmán o cristiano, tiene sus razones para creer lo contrario y en el capítulo introductorio el autor quiere mostrar cómo la posición teísta es por lo menos lógica, y admitido el hecho de Dios, la cuestión de la revelación no puede menos de inquietarnos. Evidentemente este libro se dirige al creyente; pero aun el no creyente puede sacar de él alguna utilidad; por lo menos conocer el punto de vista del adversario.

El tema tratado por Tresmontant es el de la Revelación y su mérito está en que plantea la cuestión de un modo que no es el escolástico. A veces los libros y tratados sobre este tema pecan por un vocabulario y un sistema de pensamiento propios solamente de quien está iniciado en tales cuestiones. Sin ser propiamente un lenguaje esotérico es extraño al científico al hombre común y corriente. Tresmontant expone su pensamiento de un modo comprensible para el hombre de ciencia, para el que tiene una perspectiva evolutiva. Además los tratados corrientes sobre la Revelación, especialmente los escritos antes del Vaticano II, no han podido tener en cuenta los progresos de la crítica bíblica que nos obligan a leer de un modo distinto los textos bíblicos.

El hecho de la Revelación supone la existencia de un canal de acceso, de unos medios para conservarla; y así se desemboca en la existencia de unos libros de los cuales se afirma no sólo que contienen la revelación, sino que son divinos y humanos a la vez, es decir, que han sido inspirados por Dios. Con gran habilidad el autor hace ver la inconsistencia de los que niegan la posibilidad de tal inspiración. Esta negación se apoya, la mayoría de las veces, en un falso concepto de inspiración.

Para mejor aclarar lo que entiende

por revelación, el autor parte de un hecho innegable, empírico, concreto: el pueblo de Israel; un pueblo que ha sobrevivido a todas las catástrofes. Israel es un pueblo singular. El introduce un cambio en la historia del pensamiento humano. A su alrededor los pueblos son politeístas y panteístas. Para ellos la naturaleza es sagrada. Y sin ayuda de la ciencia, Israel desmitifica la naturaleza, la desacraliza mostrando cómo ella está más bien al servicio del hombre. ¿Cómo logró Israel este proceso?

Las religiones antiguas practicaban el sacrificio de seres humanos a unos ídolos y esta práctica se tenía como algo normal. Al rechazar los ídolos Israel rechaza también los sacrificios humanos; comprendió mejor que otros el valor y dignidad de la persona humana y a estas conclusiones Israel llegó sin ser propiamente un pueblo filósofo. Se pregunta nuevamente el autor: ¿Cómo llegó Israel sólo y antes que otros pueblos más civilizados a liberar el pensamiento de Dios de todo antropomorfismo?

También Israel tuvo una concepción del tiempo y por consiguiente de la historia que lo distingue de todos los otros pueblos de la antigüedad y su concepción del Hombre es también original. En la historia de la humanidad Israel constituye un cambio intelectual, moral, sociológico, jurídico.

Israel había podido descubrir muchas de estas verdades por el uso racional de la mente. Pero lo extraordinario está en que él asegura que las recibió por medio de una información que Dios le comunicó. Una información que no se degradó al comunicarse sino que se conservó. Israel es pues un pueblo informado por la palabra de Dios y esa información se obtiene por mediación de un hombre, cuya función es la de recibirla y comunicarla. A este hombre se le llamó profeta.

La conservación del mensaje por los profetas no es el resultado de una simple recepción de la doctrina. Y no se hizo de una manera fácil. Hoy tenemos la tentación de pensar que la vida de los profetas fue cómoda; y nada más falso. Ellos encontraron una enconada resistencia a su predicación. La oposición

provenía de diversas fuentes: sociales, políticas y religiosas. Y esta resistencia es una de las pruebas de que la información que transmitieron los profetas no provenía de la humanidad misma. El verdadero profeta siempre encontró resistencia, porque sus palabras iban contra la tendencia general.

En cambio, el falso profeta que halagaba al pueblo, a los dirigentes, nunca fue signo de contradicción.

La historia de Israel es humanamente inexplicable. Los que no quieren admitir una intervención sobrenatural, hablan de un milagro moral. En cambio para quien ve las cosas desde otro ángulo, no puede menos de concluir que la historia del pueblo de Israel tal como nos la presenta el A.T. es una comprobación de que Dios ha hablado a ese pueblo, se ha manifestado en él y por su medio a toda la humanidad.

Pero la historia de Israel no es siempre de fidelidad a la norma que se le ha transmitido. Israel quiere renunciar a su propia esencia; ser como las naciones idólatras. Lo que prueba que la religión de Israel no es algo natural a él. Hay resistencias provocadas por los intereses creados de las clases dominantes, los mitos fetichistas, la idolatría. Y cuando Israel se aparta en bloque de Yavé, viene sobre él la persecución de las naciones para sacarlo de su estado de instalación. Entre los pueblos de la historia, Israel es el único que se ha hecho responsable a sí mismo de sus crímenes y pecados. Son los profetas, conciencia del pueblo, los que así lo acusan. Si Yavé castiga a Israel con el destierro no es para destruirlo, sino para salvarlo. Más vale un pueblo perseguido, que un pueblo instalado.

Una parte considerable de la obra está consagrada al pensamiento profético. Ellos denuncian las injusticias, claman por la verdad, predicen el castigo, consuelan con la esperanza de la restauración; anuncian el retorno.

Hay una dialéctica en la concepción histórica de los profetas; pero no al modo de Hegel que refiere su dialéctica al perfeccionamiento de Dios; mientras que los profetas hablan del perfecciona-

miento de la humanidad.

Muchos pueblos deben a Israel, reconózcalo o no, su monoteísmo; aún los que se profesan ateos deben a los profetas de Israel su sentido de justicia y en parte su visión de la historia.

En conclusión: la escritura, la historia, los estudios hechos sobre el pueblo de Israel nos muestran que ese pueblo es incomprensible, es un enigma si no reconocemos que en él se ha manifestado de un modo especial Yavé; esa manifestación es una revelación que llegó a su plenitud en Jesucristo, palabra person al de Dios, palabra que crea y que inorma, que sigue adelante y se difunde a todos los pueblos mediante la Iglesia. Palabra que hoy como ayer encuentra resisten-

cia como la encontraron los profetas, pero que es acogida en el seno de la comunidad de los que creen en Jesús de Nazaret;

Esta es en síntesis, la doctrina que Tresmontant nos transmite en su libro. Su originalidad no está en decir cosas nuevas, sino en el modo como las dice. Mostrando aspectos distintos de una verdad que todos conocimos. Quizás le faltó el haber profundizado un poco en la concepción bíblica de la historia, pero esto no demerita el valor del libro que nos ayuda a tener una visión amplia de lo que significa Israel; la actualidad del mensaje de los profetas, de su importancia para entender muchos de los movimientos revolucionarios de hoy día.

Humberto Jiménez